

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hay muchas cosas discutibles en este pícaro mundo, y una de ellas es lo de la cola de los golfos, con motivo del sorteo de la lotería. ¿Debe tolerarse en la calle esa manifestación de miserables? ¿Por qué, entonces, se prohíbe la mendicidad callejera y se recoge a los mendicantes?

Al principio, la cola del sorteo era no más un medio de ganarse un par de pesetas, vendiendo, en su día, el puesto a los curiosos. Hoy, es un sistema para excitar la piedad de los corazones sensibles, que envían limosnas, café caliente, paellas, guisotes y braseros a los que se pasan quince o veinte noches a la intemperie, en el grato mes de diciembre y en el dulce clima guadarrameño de Madrid.

He oído diversísimas opiniones. Los coleros tienen simpatías, inspiran lástima y son, ¡quién lo dijera!, uno de los raros ejemplos de voluntad en tensión que se dan aquí. Fuerza de voluntad se necesita, en efecto, para mantenerse en un mismo sitio tantos días con sus noches correspondientes, aguantando la helada, los chubascos, la humedad, el cansancio, y, si no hubiese almas caritativas, el hambre; todo por una ganancia tan aleatoria y mezquina.

Se me dirá que los coleros, al hacer su interminable centinela, no renuncian a ningún blando lecho bien recubierto de edredón, ni a ningún festín sabroso, con sopa de almendras, pavo y besugo, ni a ningún capote ruso forrado de piel. Es cierto; pero esos golfos transidos, famélicos, sin techo bajo el cual cobijarse, renuncian al único bien de su ascendencia: la libertad, la vagancia, el merodeo, y se resignan a una quietud estacionaria que no está en sus costumbres. Allí esperan, como pájaros presos por una pata, al cliente que venga a adquirir el puesto, y claro es que mil veces se les habrá ocurrido, como medida salvadora, la desertión. Por eso entiendo que los golfos de la cola, en premio a su ejercicio de voluntad, merecen que les dejen tranquilos explotar la papanatería madrileña. Esto de la papanatería lo digo por los que tanto afán demuestran de asistir al sorteo, para oír cantar unas cuantas cifras, que ninguna será la de su décimo, supongo.

No censuro la lotería. No hemos de criticar, por máquina, cuanto en España se hace. Esta contribución indirecta de la lotería es la única que da, a muchos la fortuna, y a todos el inestimable bien de la ilusión. Sólo digo que es tomarlo con demasiado calor eso de proponerse oír cantar los premios. ¿Para qué? Bien pronto se sabrá quién ha sido el afortunado.

De esta vez, la fortuna no fué ciega. Concedió sus favores a un barco de guerra, a gente honrada y simpática, que estaba cumpliendo su deber. Distribuyó equitativamente el contenido de su cuerno de abundancia. Todos aplaudieron. La lotería, en vez de provocar sentimientos malos, desarrolla una especie de generosidad. A nadie que ha jugado le pesa que otros, más felices, se encuentren, de la noche a la mañana, poseedores de una modesta holgura. Barrios enteros celebran con júbilo el enriquecimiento de dos o tres personas. Ciudades enteras consideran festivo el día en que varios vecinos suyos han obtenido tajada de dorado turrón. Hay mucho de altruismo en la lotería.

Lejos de votar porque se suprima esta contribución voluntaria y gustosa, yo la aumentaría; es decir, haría dos gordos al año, uno en diciembre, para el pavo, y otro en junio, para el veraneo. Se me figura que así aun serían más optimistas los españoles, y subiría el ingreso que el Gobierno obtiene de ese ramo. Y todo ello sin perjuicio de que se trabajase mucho. Porque es evidente que sólo un necio fía en la lotería para vivir. Se vive trabajando; la lotería es un azar, un entretenimiento. Si yo tuviese una tienda y me tocara un premio de los rollizos, la tienda no la quito jamás.

Otro punto muy debatido, a la hora en que rasgueo estas cuartillas, es el Teatro Real. Hasta el momento en que se anunció que se abría el abono,

no hubo seguridad de que, en efecto, llegase a abrirse. Hay que confesar que la gente no estaba lo que se dice impaciente por que se abriese tal teatro. Hubo un tiempo en que «el Real» por antonomasia era el primer espectáculo de Madrid. Han venido a mermar su prestigio varias circunstancias. El abandono del local; el ascendiente aristocrático de la Princesa, donde los días de moda se reúne mejor sociedad acaso que en el Real mismo; la afición, tan desarrollada, a las funciones de «aperitivo» (no me resuelvo a escribir *vermouth*); los malos tiempos, que obligan a recortar los gastos que no son necesarios para la vida... No: lo que se dice entusiasmada y reclamando a gritos el Real, no estaba la gente.

Pero, llegado el caso, no faltará quien se abone... La fuerza de la costumbre, la *querencia*, como dicen los taurófilos...

El viejo problema de los *despoblados* españoles, de vez en cuando, preocupa a ocho o diez personas. Esta vez se ha contado el Rey entre ellas.

El Rey ha publicado, es decir, editado por su cuenta, un libro del catedrático de la Universidad de Madrid, D. Eduardo Reyes Prósper, que se titula *Las estepas de España y su vegetación*.

La impresión más triste que España causa a los que la recorren es la de sus estepas. Esa cantidad de país muerto, desierto, árido y estéril, es un pregon de nuestra inferioridad económica. No cabe riqueza en un país inculto.

Cuando se recorre en automóvil la tierra castellana, y en parte también la leonesa, tanta soledad encoge el corazón. Campos grises o de un verde infecundo se extienden hasta donde alcanza la vista, y no los pueblan ni siquiera rebaños, de esos que se crían «en estado cimarrón»; ni una cabaña ni una persona divisáis... Doquiera el yermo, o devorado por el sol, o endurecido por la helada, o alfombrado de nieve. Ni un árbol ni una mata ni un palmo de tierra que rinda fruto.

El autor del libro dice con razón que, no produciendo las estepas ni riqueza ni hombres, nuestra nación posee, en realidad, por esa causa, varias provincias menos de las que figuran en el mapa. Gran parte de la superioridad de Francia consiste en que está cultivada toda; que, siendo bastante llana, careciendo de aquella cadena de montañas de que hablaba Stendhal echándola de menos para el romanticismo, no tiene estepas; está cultivada toda. Si no fuese así no podría resistir, como está haciéndolo, esta guerra agotadora, aplastante. Es la media de lana del aldeano, es la intensidad de la vida agrícola la que salvó a Francia en 1871, y ha de salvarla hoy.

No parece fácil calcular lo que sería España si se poblasen y pusiesen en cultivo, especialmente ganadero, sus estepas. La ganadería, en España, es o debe ser la madre Cibeles, la más ubérrima de las diosas. Y sin embargo, estamos todavía bajo el régimen de la manteca rancia.

En toda España hay pequeños o grandes despoblados y estepas también; pero la meseta central se lleva en esto la palma. Nunca me acostumbro a ese cuadro de desolación. Ojalá que los poderes, que el Rey, después de tan loable rasgo, desplieguen la mayor constancia para que se remedie el daño secular. No es cosa de un día ni de dos; pero principio quieren las cosas.

Se han estrenado esta temporada varias obras teatrales, algunas conocidas ya del público de provincias, otras nuevas del todo. Y en las Pascuas no han faltado astracanadas, *pavos* cómicos, inocentadas, y demás fruta del tiempo. Pero también hubo su parte seria y artística.

Una tentativa que no debe desdenarse fué el *Anibal* de Federico Oliver. La figura histórica del caudillo africano tienta al dramaturgo y al novelista. Si aquel hombre, uno de los caudillos más insignes, no se emboba en Capua (admitiendo que fuesen las famosas *delicias* las que allí le fijaron, y no alguna otra causa, enfermedad, cansancio y escasez de sus huestes, o tal vez órdenes secretas del Senado de Cartago, como quieren algunos historiadores), el mundo, es decir, la Europa de entonces, Roma inclusive, hubiese sido africana, en su cultura, en sus dioses, en sus costumbres. El porvenir estuvo encerrado en la diestra de Anibal. Su derrota definitiva fué la salvación del espíritu romano.

Oliver siguió la versión más corriente, y fué haciendo desfilar las empresas y hazañas del héroe, desde Sagunto, donde encuentra a una heroína española, ibérica mejor dicho, Ébora, que atraída hacia él por misteriosa fascinación de odio y amor juntos, sigue su destino y sucumbe a su lado. Para poner en escena esta creación, la empresa del Español hizo sacrificios, y la presentación fué bastante lujo-

sa. Pero el público cada día gusta menos de las obras de carácter histórico. La historia, que debiéramos tener siempre presente, es la gran olvidada. Ya lo observé cuando se representó *Alceste*: aquí nadie sabe quién fué nadie, ni en la historia, ni en la mitología, ni en la fábula. Y cuando no se tiene en la mente ninguna idea acerca de un asunto, es difícil interesarse por él.

Esto pasó con *Anibal*. El público no llegó a penetrarse de la figura del protagonista. Yo pensaba que hubiese valido más llevar tal argumento a la película o a la ópera. *Anibal* sería un soberbio libreto. Está hecho, por decirlo así. Y en la ópera, aunque los espectadores no sepan quién fué el personaje, se encarga de decírselo, sabe Dios cómo, el cuadernito que reparte la empresa. Había música en el *Anibal* de Oliver, y pudiera hasta aprovecharse para la ópera que sueño. De todos modos, sentí que el drama, que no puede decirse que no gustase, no fuese uno de esos triunfos que llenan el teatro cien noches. Mil veces he deseado un poder muy grande, para fundar el *Teatro histórico español*.

Y entiendo por teatro histórico, no sólo obras como *Guzmán el Bueno* y *Locura de amor*, sino otras como *Traidor, infame y mártir* y, para buscar un ejemplo más reciente, *Sor Simona*, del autor de *Los Episodios Nacionales*. No se trata de enseñar la historia como en una cátedra, sino de familiarizar con los personajes y el sentido íntimo de la historia patria al pueblo, y a los que, sin ser pueblo, ni aun la sospechan. Si yo fuese uno de esos archimillonarios que pueden permitirse caprichos ruinosos, me gustaría sostener este teatro, y empezando por la época romana, seguir todas las etapas de nuestra vida nacional, desde Sagunto y Numancia, hasta lo recientísimo, África y sus heroísmos, que parecen legendarios. Y convidaría a los niños, y a los estudiantes, y me gastaría un dineral en reconstruir cada época y cada ambiente. ¡Hermoso sueño! No sé cómo no hay quien, pudiendo, lo realice.

Sor Simona es otro *episodio nacional*. Revive en este drama (en que está admirable Tallaví), la guerra civil, la tercera, con su colorido bravo y poético. Galdós, de seguro, preferirá el personaje de la Sor entre iluminada y mística, que se parece a las heroínas de las novelas rusas y no piensa sino en la humanidad, en la abnegación y el sacrificio; yo confieso que me agrada doblemente aquel guerrillero rudo y sencillo, tan plantado en el terreno de la realidad y la naturaleza, y con arranques de hidalgo español. La obra, hacia el final, se precipita un poco; pero tiene un primer acto tan bello, que sólo por él se pudiera aplaudir. Y cuanto en la obra existe es español, español neto, lleno de ese sentimiento patrio que late en Galdós, lo mismo en sus novelas madrileñas, que en sus estudios de tierra montañesa y arcaica. El amor a España es el privilegio de su venerable y fértil Musa.

Sin embargo, los espectadores se quejaban, en *Sor Simona*, de todo: del asunto antiguo, de que era inverosímil, de que aquellos personajes ¡bah!... Lo único que provoca indulgencia en los espectadores son las obras regocijadas (?) y chistosas (?) sin pies ni cabeza ni cuerpo. Para mí, algunas escenas de *Sor Simona* tienen más *chiste* (sin retruécanos ni virtudes ni rompecabezas) que esos absurdos con que se obtienen llenos hasta los topes. Esto, en fin, va con los gustos y las épocas, y es menester dejarlo, esperando a que la gente se haga comprensiva, y tenga puertas y ventanas en el cerebro, por donde entre el interés del vivir, pasado y presente, cómico y trágico...

El año ha empezado... Pidamos a Dios (y lo hemos pedido al gustar las ya acreditadas uvas), que no se parezca a su papá ni al abuelo, aquel 1914, que nos trajo la dulce sorpresa de la guerra universal... Ahora ya parece difícil que vengan más guerras ni mayores calamidades; pero siempre cabe empeorar, y figúrense ustedes que mientras Europa se desfonda a cañonazos, allá en la China se les ocurre, a la chita callando, armar cierto conflicto, que no sabemos positivamente en qué consiste ni qué proporciones alcanzará; pero algo debe de ser, cuando el telégrafo con su terrible *laconismo*, nos dice: «La situación es muy grave...»

¡Vaya, vaya, con los chinitos!... ¡Pero qué monos! Se cortan la trenza y se van europeizando...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.